

## Éramos pocos y parió la perra

Eso mismo me decía la abuela cada tres o cuatro meses cuando yo era pequeño. Yo vivía en un pequeño pueblo de Zamora, da igual cual, pues la historia que os voy a contar hoy, se daba y se da por desgracia en muchos pueblos de la provincia, y en la capital, y en otras provincias...

El caso, os pongo en situación, es que yo vivía con mis abuelos y mis dos hermanos en ese pueblo. Hubo una época, en la que era normal que los niños y niñas viviéramos con los abuelos, ¿sabéis por qué?, porque papá y mamá estaban en Alemania (o en otros países), buscando un futuro mejor. Aquí hacía algunos años que había terminado la guerra, pero el país no acababa de arrancar, y no eran pocos los que cruzaban las fronteras en busca de un futuro mejor para sus hijos. Algunas familias se fueron enteras, otras, nos quedábamos en los pueblos con abuelos y otros familiares. Fue un tiempo muy duro, y aunque abuelo y abuela hacían todo lo posible porque no nos faltara el cariño, además de un plato de comida, echábamos de menos a nuestros padres. De mucho en mucho, en cumpleaños y fechas especiales, una llamada al bar del pueblo. Cartas, muchas cartas que aún conservo, donde mi madre le decía a mi hermano mayor que nos hiciera cerrar los ojos, y la leyera como si fuera ella, y, ¿sabéis una cosa? por un momento recordábamos su olor, su voz, y era como si ella estuviera allí en el sobrado con nosotros. En aquellos tiempos no había móvil, ni Internet, ni por supuesto Whatsapp o Skype. Había cartas, cartas que tardaban una eternidad en llegar, cartas que se releían hasta que el papel casi se rompía... cartas...

Pero me estoy yendo de la historia, a ver, que me sitúo, comprenderéis que cuando me vienen a la cabeza esos recuerdos, se me vaya la memoria a aquellos tiempos. Pero os quiero contar una parte de aquellas historias. En la casa del pueblo, teníamos gallinas, de las que aprovechábamos los huevos y cuando ya no ponían, a la cazuela; dos vacas, que nos daban leche con la que mi abuela de cuando en cuando hacía un rico queso; alguna oveja; una burra, que ayudaba al abuelo a arar la huerta y dos perras. Dos perras que eran todo lo mimosa que os podáis imaginar, pero que de cuando en cuando, desaparecían un par de días, y a los dos meses aproximadamente, la frase de mi abuela: “Éramos pocos y parió la perra”. Yo no sabía lo que pasaba con aquellos pequeños cachorros, que como bolitas de peluche buscaban alimentarse de su madre, cómo me recordaba cuando mi madre nos cogía, y nos dejaba dormir en su regazo.

Cuando fui siendo mayor, descubrí la horrorosa verdad, los cachorros eran sacrificados porque no había posibilidad de dar de comer a más bocas. No culpo a mis abuelos, ellos nos criaron lo mejor que supieron, y no tenían otra manera de controlar las ganas de cariño perruno de sus perras. ¿Que por qué os cuento esta historia? Porque hoy soy un adulto, padre de familia, y cualquier día abuelo, y cuando a mis hijos les contaba las historias de cuando era niño, siempre me hacían la misma pregunta: ¿no se podía hacer nada para no matar los cachorros?. Hoy les puedo contestar, y de hecho, mostrar que sí. ¿Sabéis a lo que me dedico?, soy veterinario, al igual que mi hija mayor, Lucía, y cuando alguien viene con un cachorro, ilusionado por ese nuevo miembro de la familia, mi hija siempre les enseña un cartel que bordó de niña, y tenemos en la clínica: “Éramos pocos y parió la perra”. Desde nuestra clínica, colaboramos con las asociaciones protectoras de animales, promoviendo la esterilización y castración responsable de las mascotas. No queremos perros ni gatos en casa para ser fábricas ¿verdad?, sino para ser compañeros de juegos y de vida. Por ello, cuando me llega una camada abandonada en un contenedor, o en plena calle, para revisarlos y que la gente de las asociaciones les busque un mejor hogar, pienso que en los coles queda mucho que aprender, sobre todo a respetar a nuestros animales, y a no hacerles sufrir innecesariamente.

Dedicado a Vanesa, a Miriam, a Beatriz, a Patricia, a Carmen y a tanta y tanta gente que se encarga de dar un futuro mejor a nuestros peludetes y a darnos una nueva alegría a las familias.

Pau Glez

Preguntas para después de la lectura:

- ¿Conoces a alguien que hoy en día pase por la situación de la familia del protagonista?
- ¿Qué opinas del cuidado de una mascota en casa?
- ¿Crees que es bueno evitar que las mascotas tengan camadas incontroladamente?